



# ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI

←BARCELONA 23 DE MAYO DE 1887→

NUM. 282

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LECTURA INTERESANTE, dibujo de J. M. Marqués

## SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—*Monima de Mileto*, por don Publio Hurtado.—*Historia de un hombre contada por su esqueleto* (conclusión), por don Manuel Fernández y González.—*Física sin aparatos*, por G. T.

GRABADOS.—*Lectura interesante*, dibujo de J. M. Marqués.—*Carta de América*, cuadro de F. Kallmorgen.—*Adiós a la casa paterna*, cuadro de Tobias E. Rosenthal.—*Una boda en el siglo XVIII*, cuadro de Fermín Girard.—*El retrato del primogénito*, cuadro de Pío Ricci.—*El ventisquero*, dibujo de A. F. Zugbaum.—*La bola mágica*.

## NUESTROS GRABADOS

## LECTURA INTERESANTE, dibujo de J. Marqués

Este dibujo nos recuerda cierto lienzo expuesto por el autor en la galería Parés, admirable de frescura, de color y de verdad.

## CARTA DE AMÉRICA, cuadro de F. Kallmorgen

¡La emigración!... He aquí la esperanza del mal contento con su suerte y la amenaza permanente de la tranquilidad doméstica. El joven á quien fatiga dirigir el arado; el que entrevé nebuloso el horizonte de la vida á través de la vidriera que ilumina el taller; el que encuentra abrupto y fatigoso el camino de una carrera, más lenta que las exigencias de la ambición; sueñan en esa dichosa América, ¡dichosa á sus ojos! que ha restituido algunas de sus presas, á cambio de millones de ellas enterradas por amor de Dios en su mortífera tierra. Y alentado por esa quimera de las *Mil y una noches*, viene un día en que el hijo de familia se despidió de sus padres, de sus hermanos, de sus amigos, que lloran viéndole partir; y á cuyo dolor cree poner término con la egoísta frase:—Cuando yo haya ganado mucho dinero, os haré felices á todos...

Y parte, con efecto; y trascurre mucho tiempo sin que del emigrado se sepa, y cada nube aparecida en el espacio despierta en los ancianos abandonados la idea de una tempestad en alta mar, y cada quejido del viento semeja para ellos el grito del naufrago en su agonía.

Por fin, llega la carta tan suspirada; el emigrante da cuenta de su arribo, de sus tristezas, de sus esperanzas... ¡Con cuánta impaciencia deletrea el padre los garabatos de su hijo!... ¡Con cuánta avidez se enteran de ellos la inquieta madre y la inocente hermana!... ¡Con cuánta alegría se repite la lectura de ese escrito en presencia de los raros amigos que continúan frecuentando la morada del pobre!...

Tal es la escena que ha pintado Kallmorgen con una verdad, con un calor, con una vida, dignas del mayor elogio.

## ADIÓS Á LA CASA PATERNA, cuadro de Tobias E. Rosenthal

Hay empeños artísticos que fracasarían indudablemente si no los realizara una inteligente y expresiva ejecución. Uno de estos empeños ha acometido Rosenthal, consiguiendo un éxito completo.

Llegó la hora tan temida de la separación del hijo adolescente. El ave criada en el nido y alimentada por el amor de sus padres, va á tender el vuelo por su cuenta y á buscar por el ancho mundo el grano de mijo que el huracán arrastra entre sus pliegues. ¡Qué momento tan triste! ¡Qué hora tan solemne!

El joven que va á partir tiene impresa en su semblante la pena y el miedo: la pena propia del que abandona á los seres más queridos; el miedo natural en quien cuenta exclusivamente con sus débiles fuerzas para abrirse paso á través de una sociedad que desconoce y que le han pintado muy mala, muy temible, aun más depravada de lo que realmente es. Con la debilidad y desconfianza del niño, contrasta la varonil figura de su padre, en actitud de darle aquellos sanos y enérgicos consejos, fruto de cuarenta años de experiencia honrada. La madre y la hermana del muchacho hacen lo único que las cabe hacer en semejante caso; llorar á lágrima viva y sin consuelo y en su interior formar toda clase de votos para que Dios las devuelva cuanto antes al desterrado.

Este cuadro es un modelo de expresión y una maravilla de sentimiento.

## UNA BODA EN EL SIGLO XVIII, cuadro de Fermín Girard

Preceden á la comitiva los dos obligados músicos, cuyo ruido asusta á los patos y alarma á los rapazuelos del contorno; sigue luego la feliz pareja de los novios, cuyas miradas revelan claramente la intensidad de la respectiva pasión y el temperamento del respectivo individuo; tras de ellos vienen los padres de la doncella, algo preocupado el marido, algo alarmada la mujer que interroga con la vista á su consorte; en pos de los padres los parientes y los amigos, en apretada cohorte, llevando prendida de una percha engalanada la tradicional corona del azahar simbólico; y en más lejano término una pareja de rezagados á todo correr para reunirse á la comitiva, y unos cuantos rústicos curiosos, contemplando el espectáculo. A todo esto, los botones de los desnudos árboles anuncian la llegada de la primavera; y todo en el lienzo está perfectamente combinado para que el espectador se sienta atraído por el cuadro de esa rústica felicidad, de esa alegría comunicativa, patrimonio exclusivo, al parecer, de los habitantes del campo y que nunca se obtendrá con el cuadro que representa la boda, fría y ceremoniosa, de los personajes del gran mundo.

## EL RETRATO DEL PRIMOGÉNITO, cuadro de Pío Ricci

La idea de un sucesor directo, y sobre todo de un sucesor varón, es tan natural y tan poderosa en el hombre, que se comprende y hasta se perdona aquella antigua disposición de los primeros pueblos históricos que infamaba á las mujeres estériles, solamente por serlo. El hombre se siente tan inmortal en su ser, que para dar satisfacción palpable á ese sentimiento innato, suspira por un hijo en quien se encarna su carne, á quien trasmigre su espíritu, en cuyos sucesores se reproduzca permanentemente; como si todo hubiera de finir en ese raquítico planeta, al cual investimos pomposamente con el nombre de mundo.

Esta aspiración invencible explica la importancia que, en las familias acomodadas sobre todo, se ha dado siempre al nacimiento de un primogénito, considerado como una especie de seguro de la inmortalidad. No es de extrañar, por lo tanto, el esmero con que se cria al primer hijo varón, las caricias que se le prodigan, las atenciones que se le guardan, el respeto que se le tributa hasta por individuos mismos de la familia.

Ricci ha pintado con talento una escena del siglo XVIII inspirada en la predilección que merece el primogénito de una casa aristocrática. Su retrato es un acontecimiento doméstico; se le quiere todo lo más parecido posible, sin perjuicio de que sea, igualmente, lo más hermoso que se conozca; porque está averiguado que el retrato de

una mujer ó de un niño no puede ser parecido y feo á un tiempo mismo. La escena está bien compuesta, las figuras son expresivas y se hallan agrupadas con habilidad, la impresión general es agradable y los accesorios demuestran, por el esmero con que están tratados, que el autor no ha escaseado los medios necesarios á fin de producir toda la impresión que cabe en el asunto.

## EL VENTISQUERO, dibujo de A. F. Zugbaum

Tiene lugar la escena en un páramo de la América del Norte. Una tempestad de nieve sorprende á los indefensos viajeros; los caballos, espantados por el trastorno de la naturaleza, han roto los frenos y tirantes y caen, para no levantarse, junto al cuerpo inerte de su conductor. El carro está hundido en la nieve, que va cubriendo lentamente á una madre é hijo, de quienes se apodera aquel sueño fatal que mata insensiblemente y da la muerte más dulce. La catástrofe es completa: la naturaleza parece, en ciertas ocasiones, implacable.

El lienzo de Zugbaum impresiona vivamente: no hay en él un accesorio que distraiga la atención del drama representado; no hay á la vista un hogar, una cueva, un árbol, un rayo de sol, que signifiquen vida, que dejen concebir una pequeña esperanza. El artista ha sido tan cruel como la misma naturaleza.

## MONIMA DE MILETO

## EPISODIO HISTÓRICO

## I

El sol lanza su postrer mirada sobre la marmórea cúpula del templo de Adonis en Atenas.

Contra las metopas y triglifos de las columnatas dóricas que lo sostienen, se acaba de estrellar el eco de la última antífona modulada por las hieródulas, al compás de las cítaras tebanas.

El sagrado recinto va quedándose desierto, y la suprema sacerdotisa ordena la clausura de sus puertas de bronce, con la sonrisa de la satisfacción en los labios; pues si han sido pocas las cabelleras femeniles que la virtud ha ofrecido al deificado hijo de Mirra, han sido muchas las monedas de oro que la prostitución ha depositado en las sagradas arcas, para tener propicio al númer protector de los amantes.

La eterogénea muchedumbre que á las fiestas ha acudido, rebosando en la ciudad de Minerva, como el néctar de Chío en una copa corintia, se arroja á borbotones por sus puertas, y ganando la campiña, encaminase á la playa satisfecha, á abordar las naos ancladas á lo largo de la costa.

Dos hombres la han precedido en su derrotero.

El primero, de porte distinguido y barba perfumada, frisa en los cincuenta; y es joven el segundo todavía.

En sus trajes se mezcla la indumentaria persa con la griega, y un tesoro de alhajas los adornan.

—¿Te han sido, oh mi señor, agradables estas fiestas?—preguntó el más joven á su compañero.

—Dígame, oh Báquides, mi eunuco predilecto, que no tienen nada que envidiar á las egipcias de Isis. No puede darse bazar más variado de gracias femeniles.

—Aquí, trayendo oro...

—Y sin embargo he visto á la niña más perfecta de la creación, cercenar sus negras crenchas, prueba de que quiere conservar incólume su virginidad.

—¿La hablaste?...

—No. Yo estaba en el propileo cuando ella las colgó en la ebúrnea pilastra, y aunque traté de abrirme paso por el apiñado concurso, la perdí de vista.

—¿Podrá compararse á esta?...—interrogó el eunuco parándose y tornando el rostro hacia atrás, al sentir ruido de pasos no muy lejos.

—¡Oh, sí es ella!—exclamó gratamente sorprendido su compañero.

## II

Esbelta como un junco, alegre y bullidora, hollando flores y salvando arroyos con la ligereza de una corza del Himeto, se adelantaba hacia ellos una niña encantadora, mal velados sus contornos por gasas transparentes, que avanzaba distraída, tarareando á media voz un himno órfico.

—¡Oh! detén tu paso, mujer ó diosa,—le dijo saliéndole al encuentro el enamorado caballero,—detén tu paso y satisface una curiosidad quizá importuna. ¿Eres Venus, y vas á descansar de la lasciva fiesta á la concha marina, ó una hieródula de Adonis saturada de exóticos deseos?...

—¡Ah!—exclamó ella deteniéndose sorprendida ante los fastuosos aparecidos;—mas repuesta al punto de su sorpresa, añadió:

—No soy más que una mortal satisfecha de su suerte.

—Y bien puedes estarlo; pero dime, ¿cuál es tu nombre?... Quiero grabarlo eternamente en mi memoria, como ya lo está tu imagen en mi alma.

—Monima,—contestó la niña con ingenuidad, un tanto admirada de oír aquellas frases en boca de un hombre de su edad.

—¿De Atenas?...—interrogó éste nuevamente.

—No, de Mileto.

—Eres del país de las hermosas... y habrás venido á ofrecer al ídolo chipriota el precio de tus encantos.

—¡Jamás!... ¿No has reparado? He preferido dedicarle mi cabellera, á robar las primicias de mi amor al hombre que me ha de llamar suya.

—¡Virtud incomprensible en medio de tanto desenfreno! Mas oye: tu corta edad te hace abrigar preocupaciones de que el mundo hace chacota. Tal vez no haya ha-

bido comprador cual lo merecen tus encantos. Yo te ofrezco jatiende bien una fortuna: quince mil monedas de oro, por venir á hacer noche á la galera y conversar de amor á compás del grato arrullo de las olas.

La doncella, tendiendo el brazo hacia la ciudad con ademán digno y resuelto, le advirtió:

—Allí encontrarás quince mil cortesanas que se disputarán tu oferta tentadora; pues aunque poseyeras los inmensos tesoros de Mitridates, no tendrías bastante para comprar una caricia de Monima la milesia.

E hizo ademán de partir.

—¡Ah! pero escucha,—rogó el seductor, intentando tomarle una mano que ella apartó con donosura.

—No me es posible.

—¿Te espera alguno?

—Teón el espartano.

—Entonces ese...

—Es al que busco.

—Una palabra...

—Déjame marchar. El sol se pone, y es necesario aprovechar los últimos instantes de placer.

Y al pronunciar estas frases, que hubieran hecho honor al más voluptuoso epicúreo, torció hacia la derecha, no corriendo, sino volando, como aerea mariposa; y entonando de nuevo su interrumpido himno, desapareció tras un bosquecillo de sicomoros.

## III

El fastuoso oriental quedó como petrificado con los ojos clavados en ella, hasta que la enramada burló sus miradas curiosas.

—¡Qué rareza!—murmuró.—Esa niña es una nota discordante en medio de la embriaguez y la locura de este ilustre lupanar.

—Veo, señor, que te ha interesado sobremanera.

—Te lo confieso, Báquides. «Ni los inmensos tesoros de Mitridates bastarían á comprar una sola de sus caricias,»—dijo.

—Y esa alharaca ha picado tu amor propio.

El objetado no contestó.

—Pero no me explíco tu perplejidad,—continuó el eunuco.—¿Te ha agradado y esquiva tus ofertas? Pues no hay más que seguirla, apresarla y á Sínope con ella.

Casi decidido estaba el desdenado galán á seguir tal consejo, cuando se le apareció un anciano de lengua barba, escarchada por el invierno de la vida, seguido de dos esclavas también provecas, que les interrogó con ansiedad:

—¿Habeis visto por aquí á una loquilla de pocos años.

—¿Loquilla?—interrumpió el interrogado.—Discreta como pocas, dirías mejor, si aludes á Monima.

—¡La conoces!—exclamó con orgullo el anciano.

—¿Eres su padre por ventura?

—Ciertamente; pero un padre atormentado por los cuidados que me inspira su futuro destino.

—¿Has consultado el oráculo?

—Varias veces. Más guíame por la huella de sus pasos: la impaciencia me consume.

—Sígueme,—le dijo poniéndose en marcha el extranjero, no sin recabar de su interlocutor, en pago de tal servicio, la relación del horóscopo de Monima.

El solícito padre, gozando en las venturas que le comunicaba, le refirió, sin perdonar detalle, que la pitonisa de Delfos la había profetizado que sería la gloria de su raza; el oráculo de Júpiter Ammon en Lybia, que príncipes y reyes habían de postrarse reverentes á sus plantas; y por último, que al ir á consultar el de Dódona, la paloma sagrada había volado desde el altar y posándose sobre su cabeza, las encinas se habían inclinado á su paso, y en los vasos de bronce, había entonado el viento el himno olímpico de Orfeo.

## IV

No es el garrido Acteón, á pesar de ir armado de arco y de carcaj, el que ha salido al encuentro de Monima.

No es tampoco el inmortal Apolo, aunque su frente ciña una corona de laurel.

Es el gentil Teón el espartano, el vencedor tres veces en los juegos píticos, en memoria de cuyos triunfos lleva siempre sobre sí tales trofeos.

—¡Cuánto me ha atormentado tu tardanza,—dijo á Monima en tono de dulce reconvención, ciñendo con el brazo su flexible talle.

—Teón mío, un extranjero impertinente detuvo mi pie, que volaba al punto de la cita.

—¿Un extranjero?—repite el espartano frunciendo el entrecejo.—Espera... es un hombre de edad, alto, vestido con la elegancia de un sátrapa...

—Sí: ¿Sabes quien es?

—Ni quiero; más le ví esta mañana devorarte con lúbricas miradas, y esto me basta para que, sin conocerlo, le aborrezca.

—Mal se anunció el día para tí.

—Peor de lo que piensas. La primera salutación que recibí esta mañana, fué el aletazo de una corneja que derribó mi aljaba. ¿Qué podía ya esperar de favorable en este día? La desgracia era segura; y como la mayor que pudiera ocurrirme tenía que relacionarse con mi amor...

—Bueno es ser celoso, más no tanto,—interrumpió la milesia con coquetería.—El corazón de Monima no late más que para tí.

—Hoy sí... pero si un día...

—¡Ingrato! ¿á qué esa duda? Lo mismo hoy que ma-

ñana, ya ausente ya á tu lado, Monima será siempre esclava de tu amor.

Y su agitado seno y sus rasgados ojos, poseedores del secreto de Circe, decíanle á la par tal vez más que su boca.

¿Qué le importaba á ella saber quien Teón era? ¿Tenía padres? ¿era huérfano ó expósito?

Para el corazón que ama, no hay clasificaciones sociales.

Criado por un eforo, pocos le igualaban en varonil belleza, ninguno le aventajaba en guiar una cuadriga, y las hermosas y los anfictiones habían más de una vez aclamado en la palestra su nombre victorioso.

Entre los dos medió un intervalo de éxtasis, en que la encendida pupila substituyó á los labios.

De pronto Teón, que con su amada había tomado asiento sobre el zócalo de un pórtico arruinado, exclamó:

—¡Hélo allí!... el que viene con tu padre.

—El es, —ratificó Monima;— pero, ¿qué intentas?

—¡Matarlo!

Y sacó del carcaj un dardo que enfiló en el arco.

—¡Oh! no ensangrientes este instante, —suplicó la joven tratando de evitarlo.

—¡Arr!—gritó el mancebo, al estallar la cuerda que había de impulsar la flecha.—¡Hoy es día nefasto para mí!

—Huye: ya sabes que mi padre te aborree.

—¿Y hasta cuándo?

—Hasta las fiestas de Diana en Efeso.

Y cambiaron un ósculo de fuego, que hizo hervir la sangre en sus arterias.

¿Qué menos podían cambiar dos amantes educados en una sociedad que adoraba el falo y el cteis, y cuya moral basaba en una teogonía que preconizaba las torpes aventuras de Venus y Priapo?

V

Monima, esquivando la mano que el magnate le ofrecía, saltó á la galera de su padre, anclada en el puerto Falereo, en el que por su lujo y el de los remeros que la tripulaban, descollaba un ligero bergantín en forma de cisne que ganaron los extranjeros.

El anciano Cleanto reprendió á su bella hija su reciente escapatoria, intimándola una vez más, á desahuciar al espartano.

Su enamorado acompañante, recostado sobre el palo de mesana no apartaba sus ojos de la encantadora milesia.

Al iniciar las naves los primeros balanceos de partida, un objeto silbó al oído del incógnito nabab, que se clavó en el palo que le servía de apoyo, dos dedos por encima de la cabeza.

Era un dardo que Teón, anudado el roto bramante, le enviaba desde la playa por despedida.

Del asta pendía una hoja de sicomoro en la que escrito con un aguzado estilete, se leía:

—«Quién quiera que fueres, Teón te detesta. Si esta no te mata, guárdate de otra.»

El agredido hizo menudos pedazos la hoja que arrojó á las aguas y preguntó con retintín á Cleanto:

—¿Qué mal habré hecho á tu futuro hijo para que tan mal me quiera?

—¡Nunca lo será ese infame!

En tanto Teón, aferrado más y más á sus preocupaciones al ver errado por segunda vez el golpe, maldijo el nuevo rumbo de su suerte, sin que bastaran á curarle del tormento de celos, las intensas miradas de Monima, que puesta la mano sobre el corazón, le repetía con elocuencia muda, que él y solo él sería eternamente el ídolo de su cariño.

VI

A los dos meses una escuadra de veinte bajeles de tres órdenes de remos, empavesada con asiática magnificencia, fondeaba en el puerto de Mileto.

Al avistar la ciudad, la tripulación en masa, imitando á Báquides que la mandaba, púsose de pie y la saludó con entusiastas hurras.

En aquel instante terminaba el tocado de Monima, que ataviada con el más exquisito gusto, y ostentando unas riquezas dignas de una reina, estaba la mujer más ideal del Universo.

Su padre, contemplándola extasiado, — la dijo, — así que sus fámulas salieron de la estancia:

—Hija querida: daría la mitad de los días que me res-



CARTA DE AMÉRICA, cuadro de F. Kallmorgen

tan, porque Plutón permitiese á tu madre volver al mundo un sólo instante para verte. Las predicciones del oráculo van á realizarse: sobre tu frente de nácar va á descansar una corona, y el monarca más temido de la tierra va á poner á tus pies su consideración y poderío: ¿Quién nos había de decir que aquel enconradizo de las adonias fuera nada menos que Mitridates el Grande?... ¡Ah Monima amada! á no haber sido por los cuarenta talentos (1) que me entregó por tí, mi ruina hubiera sido inevitable. ¿No estás tú misma satisfecha de tu obra?...

Monima que jugaba como distraída con los flecos de perlas de su purpúreo manto, se arrojó al cuello del autor de sus días, y vertiendo lágrimas de ternura, — contestó.

—¡Padre de mi alma! ¿cómo no he de estarlo, si ella te ha librado del descrédito y el menosprecio en esta vida, y de que fuese infamada en la otra tu memoria? Sean tus días una cadena no interrumpida de satisfacciones, y no pienses jamás en que este paso me cueste sacrificio alguno. El camino del trono es para mí una senda cubierta de flores.

—Pero tus lágrimas... — balbuceó el anciano, no pudiendo contener las suyas al escuchar á su hija.

—No repares en ellas. ¡Son el testimonio de mi felicidad! Y besó visiblemente conmovida la rugosa frente de Cleanto.

Fuera del perfumado cubículo, las amigas de infancia de Monima, engalanadas de fiesta, cantaban al son de las cítaras tebanas.

«Gloria á Himeneo que va á unir con lazo eterno la pareja más escelsa de la tierra.

»Honor el gran Mitridates que ha sabido elegir por compañera la más preciada flor de la Anatolia.

»Y tú, Monima amiga, que compartistes con nosotras tus goces infantiles, que Juno te sea propicia y te guie de su mano al tálamo real.

»Tú nombre será orgullo del pueblo en que naciste, »Y en torno de tu trono girarán como invisibles cortesanos, los recuerdos cariñosos de tus hermanas.»

VII

Llegó la hora de la partida y el ennuco Báquides invitó á su futura soberana á bajar al puerto.

Apoyada en el brazo de su padre descendió las escaleras de aquella casa bajo cuyo techo había visto la luz del día, y podía considerar como paraíso de su niñez.

(1) Equivalentes á doscientas veinte mil pesetas.

Su servidumbre, compuesta en gran parte de personas que habían saboreado mil veces sus afectuosas caricias infantiles arrodillada en el vestíbulo en apretadas hileras le dieron el adiós de despedida entre sollozos y bendiciones.

Ella para conservar el ánimo, cerró los ojos y oprimiendo contra sí el brazo de su padre, se dejó guiar por este.

Su tránsito por las calles de la ciudad, colgadas de tapices, se asemejaba á un triunfo.

En la playa verbeneaba la curiosa y entusiasmada muchedumbre.

Así que la escuadra divisó á la ilustre expedicionaria, los músicos fríos y laconios la saludaron con los acordes de una marcha régia, lo que no dejó de lisongear su femenino curiosidad.

Abordada la capitana por la bella milesia y por su padre, precedidos por Báquides, y distribuidas en las otras embarcaciones sus parientas y amigas, que habían ofrecido acompañarla hasta el término de su viaje, sonó la señal de partida, y la flota hizo rumbo hacia el bósforo de Trácia, entre las delirantes aclamaciones de sus conciudadanos.

Ya se perdía la escuadra casi de vista y aun llegaban al punto de partida los últimos versículos del cántico preparado por la amistad.

»Tu nombre será orgullo del pueblo en que naciste;

»Y en torno de tu trono girarán, como invisibles cortesanos, los recuerdos cariñosos de tus hermanas.»

VIII

Han corrido hasta ocho años, y la niña seductora de otros días, es la mujer más hermosa de cuantas pueblan el serrallo magnífico de Sínope.

Lujo, boato, ostentación, mollicie, todo la rodea en abundancia.

Aquel encantado recinto es una maravilla de la tierra, viéndose en él mezclados en armonioso conjunto, ya en objetos de comodidad ya de adorno, las maderas de ofir, el oro del Pactolo, los tapices babilónicos, las plumas de la India y la púrpura de Tiro.

Al vibrar su dulce voz bajo aquellos artesonados olorosos de sándalo y cedro, una cohorte de esclavos se pone en movimiento.

El rey la distingue entre todas sus mujeres, y la apellida la *perla de su harem*.

Más ¡ay! ¿qué vale todo, si ha perdido su libertad?

Cuando recuerda—¡y nunca los olvida! — los sitios recorridos en sus primeros años, sin dar á nadie cuenta de sus pasos, sin eunucos ni figones, su ánimo desmaya, su espíritu se abate, y halla más aburrida, más insoportable la vida que su régia condición la impone.

No se fija en un objeto, que le sugiera un término de comparación con aquellos cuya ausencia la contrasta.

Ya no acuden al alfeizar de su ventana las alegres golondrinas que mojando la pechuga en las aguas del Egeo, la despertaban de mañana con su aguda algarabía, salpicando de rocío las pintadas vidrieras.

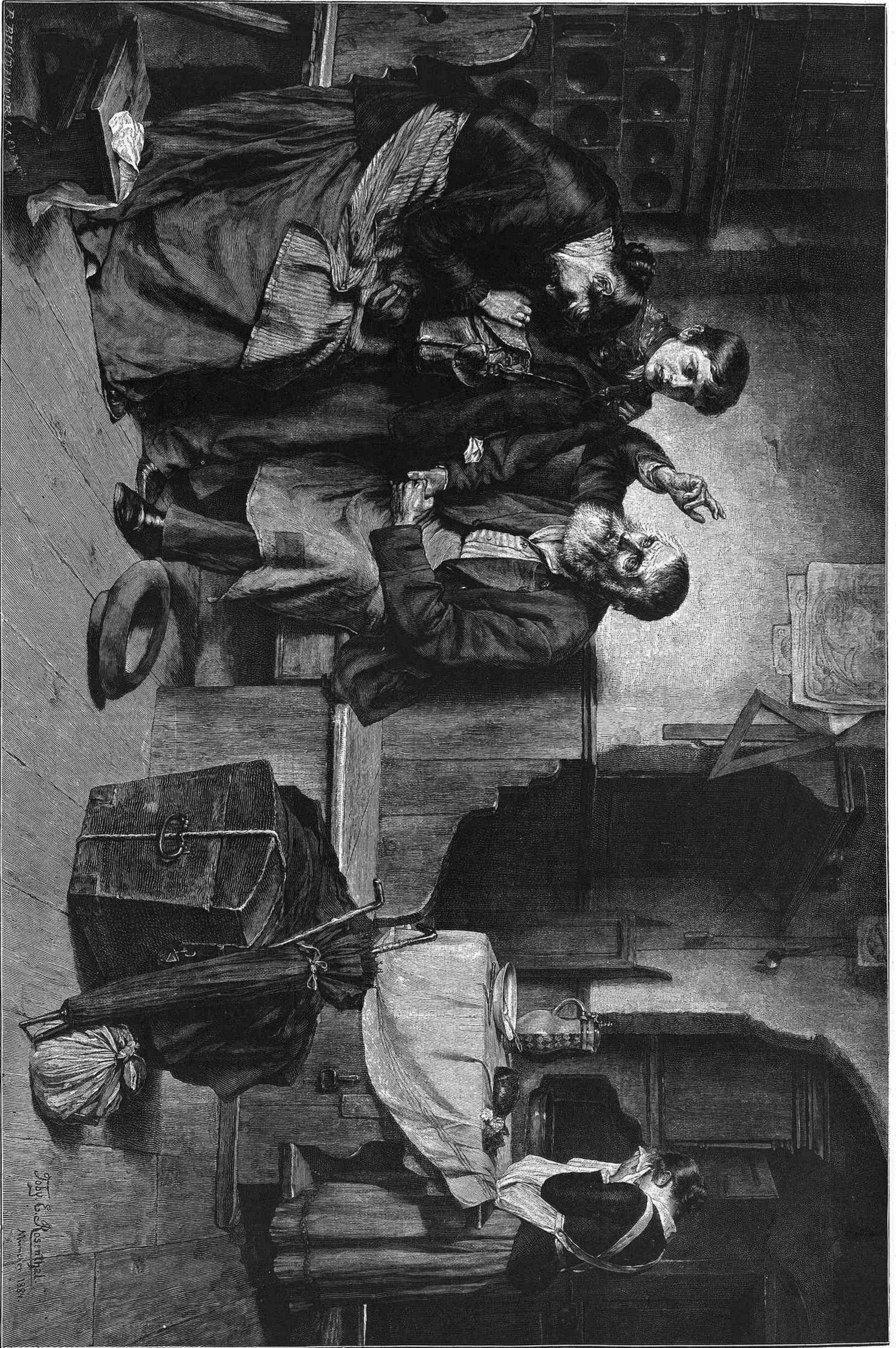
Ya no vienen las palomas de la Cária á tomar el sustento de sus labios, ni ha vuelto á oír los canoros ruiseñores que anidaban en las acacias de sus jardines.

En su lugar, desde la dorada jaula que la aprisiona, sólo descubre las turbias y pesadas ondas del Euxino, y alguna que otra bandada de cenicientas antropoides, que lanzando disciplentes gruídos se remontan á las nubes en cortadas espirales.

Y luego Teón, aquel Teón cuyo nombre no se atreve á confiar á sus labios... ¿qué será del infelice? Sin duda la aborrece por perjuración, y la fe inquebrantable de su burlado amor, será noche y día para el pobre abandonado, infernal remordimiento.

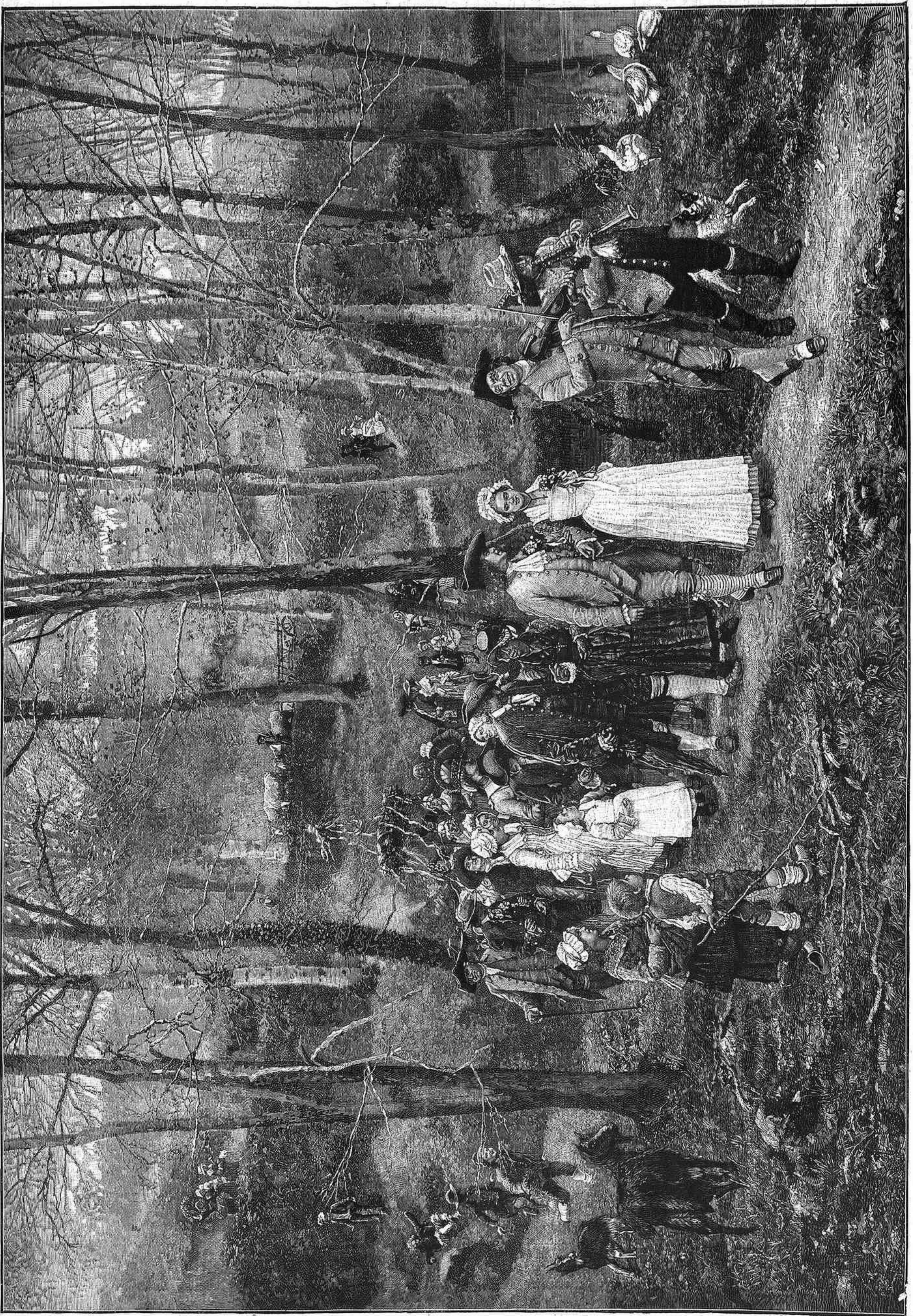
IX

—Deliciosa Monima,—le decía cierta mañana el poderoso arsácida amoroso y expresivo,—perdona tanta importunidad; pero ya va siendo para mí cuestión de amor propio el conocimiento del pesar que te consume. Daría la provincia más rica de mi reino por borrar del sol de mi vida la mancha de tu tristeza. Acaba de partir de Sínope Cleanto, y fuera de ese ser querido, no adivino cual otro pueda causar con su ausencia tu continuo malestar. Eres la soberana del territorio comprendido entre los linderos de la Grecia y las montañas del Cáucaso, y estoy resuelto á hacer por completo tu felicidad aun á costa de la mía.



ADIÓS Á LA CASA PATERNA, cuadro de Tobias E. Rosenthal

Tobias E. Rosenthal  
Amsterdam 1881



UNA BODA EN EL SIGLO XVIII; cuadro de Fermin Girard

—¡Ah, señor, cuánto te debo!—dijo la *perla del harem* entre agradecida y resignada.

—¿Ansías más lujo?

—Sóbrame el que me rodea.

—¿Algún amor ausente?... ¡Ah! quizás aquel Teón... ¡no me acordaba!

—Fue un pasatiempo pueril, del que apenas queda rastro entre los recuerdos de mi pasado. La página en que estaba escrito ese nombre...

—¿Qué?...—interrumpió impaciente el monarca.

Monima, haciendo un supremo esfuerzo concluyó:

—¡La he arrancado del libro de mi corazón!

El rey del Ponto respiró.

—¿Qué me pides, pues, que alivie tus pesares? Dímelo sin vacilar.

—Que me vuelvas á mi patria un sólo día... ¡uno tan sólo! Quiero volver á saludar aquel mar pintoresco, respirar aquel ambiente saludable: ¡quiero volver á ser por un instante Monima la milesia!

Mitridates calló.

—¿Lo ves?... Ha sido mucha mi exigencia. La que entra en un serrallo debe darse por muerta para el mundo. Tus magnánimas protestas me lo hicieron olvidar; pero ese silencio ha vuelto á recordarme la realidad de mi destino.

—No puedo oír impávido tus súplicas. Hoy mismo he de partir á campaña contra los romanos, esas aves de rapina á quienes es necesario cortar garras y pico: cuando torne de ella, te acompañaré á tu patria, haciendo esta excepción en gracia á tu salud y tu contento.

## X

Los pueblos del Oriente, cansados de la dominación romana, esquilados y envilecidos por el odiado Sila y sus sucesores, así que el gran Mitridates se consideró capaz de medir sus armas con ellos, y lanzó el grito de guerra, todos acudieron á pelear bajo sus banderas contra el común enemigo.

Sometida la Cólquide, el dueño de Monima pasó á la Capadocia, que libertó del poder de los romanos, triunfando de Murena, hechura del dictador.

Otras muchas ciudades y territorios arrancó de poder de los hijos del Lacio, hasta obligar al senado romano á acudir á apagar el incendio.

Lucio Lúculo fué el elegido para dirigir la empresa, el cual recogió por los puntos de tránsito á cuantos advenedizos quisieron alistarse en sus legiones, dando á cada cual el lugar correspondiente á sus merecimientos.

Comprendiendo, sin embargo, que sus fuerzas eran inferiores á las del rey del Ponto, nunca se dejó arrastrar por este á la pelea, aun cuando en ocasiones le destrozase algún cuerpo de tropas y degollase á sus tenientes.

Más, consumado táctico, aprovechó una ocasión favorable cerca de Cízico, en la que derrotó al arsácido. Siguió al Helesponto, á las costas de Bitinia, á la Paflagonia, á la Capadocia, y por último lo obligó á refugiarse al lado de su yerno Tigranes rey de Armenia.

## XI

Temiendo un golpe de mano de los enemigos el precavido Mitridates, había ordenado y así se había efectuado, la traslación de sus bayaperas, hermanas y parientas á la ciudad de Farnacia.

Monima mudó, pues, de prisión; más ignorante de los descabros sufridos por su eximio dueño, lo aguardaba por instantes, para que le cumpliera su promesa.

La esperanza, ese sueño fascinador del hombre despierto, había vivificado su abatido espíritu.

Pero cuando más se mecía en aquel mundo ilusorio, sacáronla de su arrobamiento ayes lastimeros.

No tardó Báquides en presentársela, descompuesto el semblante y presa de cruel alismo.

—¿Qué es eso? ¿ocurre alguna desgracia?—le preguntó Monima.

—Muchas á la vez señora mía.

—¿Qué han de alcanzarme á mí?

—Seguramente.

—¡Oh! habla y veré de burlarlas en lo posible.

Báquides movió la cabeza negativamente.

—¿Cómo no?... ¡Me haces temblar! ¿Peligra mi existencia?...

—Lee—contestó el eunuco,—mostrándole un papiro.

Era una orden del rey, concebida en estos términos: «Si pierdo la batalla y los romanos avanzan sobre Farnacia, no dándole tiempo de sacar de ella á mi familia y mis mujeres, procura que no caiga viva en sus manos *ni una sola*.—Antes muertas que en poder de los hijos de la loba.»

—¿Y están cerca?—interrogó con acento escandeciente la adorable favorita.

—Ya asoman por allí las avanzadas.

Y señalaba á la ventana.

—¡Oh! ¡luego no hay más recurso que morir!—exclamó con desfallecimiento.—y añadió:—¡y morir sin haber vuelto á ver... á mi adorada patria!

—Estás en el caso de elegir la muerte que menos te horrice.

—Espera. Si ha de ser, ¡sea cuanto antes! y adoptando pronto una resolución heroica, y con un estoicismo digno de un discípulo de Zenón, se desligó de la cintura la banda real, y ayudada del eunuco intentó ahorcarse; más la recamada tela insuficiente para resistir el peso de su her-

moso cuerpo, se rompió, sin haberle ocasionado apenas daño alguno.

Entonces, arrojando lejos de sí, con soberano desprecio, aquellos emblemáticos pedazos, pronunció aquellas frases célebres que nos ha legado la historia.

—¡Maldito andrango; ni para esto sirves!

—Señora,—dijo Báquides acudiendo á ella,—apura este licor, y en breve dormirás el sueño eterno.

Monima tomó el pomo que aquel mensajero de la muerte le ofrecía, y le apuró instantáneamente.

El eunuco desapareció á proseguir desempeñando su luctuosa misión.

Y la hija de Cleanto se aproximó á la ventana, para enviar á la Grecia sus últimas miradas.

No tardó en divisar una falange de gálatas, soldados auxiliares de los romanos, que avanzaba á la carrera hacia la ciudad; y á su cabeza —¡oh cielos!— á Teón el espartano que quizás volaba á salvarla.

Un grito agudísimo se escapó de sus labios, y efecto de la emoción y del veneno que acababa de apurar, dió en tierra sin sentido.

Al volver en sí, sólo pudo dar al mundo una mirada, y viendo cerca de ella á su antiguo amor, que sostenía entre sus manos y besaba enloquecido su escultural cabeza aun sonrió su yerta boca.

¡Sublime contraste!

¡La dicha fulgurando al borde del sepulcro!

La estrella de Mitridates se eclipsó más cada día.

Vencido en las nuevas tentativas que hizo para rehabilitarse, tuvo hasta el pesar de verse aherrojado por Farnaces, su hijo predilecto.

Un galo lo libró de las miserias mundanas, degollándolo, según los historiadores.

Alguno, sin embargo, discrepando en este detalle de la generalidad, afirma, que su matador fué un espartano á quien había robado la felicidad.

PUBLICO HURTADO

## HISTORIA DE UN HOMBRE CONTADA POR SU ESQUELETO

## (Conclusión)

—¿Es V. la señora viuda de Lemus...?—me dijo.

—Sí, si señora,—la contesté.

—Quisiera que V. me hiciera un favor.

—¿Cuál?

—Comprarme esta botonadura de brillantes.

Y me enseñó ésta.

Miré con atención á aquella señora, y noté que estaba encendida, como avergonzada.

—Mi marido es jugador,—me dijo:—ha perdido recientemente y necesito vender estas alhajas... mi platero me haría perder en ellas... V., señora, que es tan rica...

—¿De qué me conoce usted?

—He estado en el baile de trages último que V. dió.

Me importa poco todo esto: la botonadura me gustaba, me pidió por ella treinta mil reales y se los dió en billetes: yo había salido á comprar joyas...

Yo,—dijo el esqueleto,—miraba con terror los brillantes.

Me parecían muy baratos.

Además, no los había visto de tal tamaño sino entre las joyas de Adelaida.

Trajeron el agua á Clara y la bebió con ansia.

Noté que estaba muy encendida y que sus ojos brillaban de una manera singular.

—¿No te gusta mi compra?—me dijo.

—Lo que no me gusta,—la contesté,—es el estado en que te encuentras.

—En efecto, me siento muy mala: y mi sed crece... quiero más agua.

Fué á levantarse y cayó sin fuerzas de nuevo sobre el sillón.

—¡Oh! ¡Dios mío!—exclamó:—¿qué es esto...? mi sed crece, me parece que mi cuerpo se desploma, zumba mi cabeza. ¿Qué es esto?

Entonces como las terribles palabras del festín de Baltasar brilló en mi pensamiento, con un fulgor sombrío, el nombre del doctor Wildall.

¡Y aquellos brillantes tan baratos...!

¡Y tan semejantes á aquellos que yo había visto en poder de Adelaida...!

¡Y aquellos brillantes ofrecidos á Clara en un café, en el momento en que la servían un vaso de agua!

No me atreví á preguntar más á Clara por temor de aterrarla, pero Clara se ponía á cada momento más enferma, y mandé un criado á casa de mi amigo Díaz, y otro á caballo á la quinta de Miantucacuc.

Cuando llegó Díaz, Clara estaba sin sentido.

En el momento de verla Díaz, sacó un estuche y de él una lanceta, y la picó una vena.

No salió una gota de sangre.

—Esto es asunto concluido,—me dijo Díaz:—la alegría de casarse contigo, la ha matado.

—¡Matado!

—Muerta, completamente muerta, Gabriel, he llegado tarde: una congestión cerebral.

—O un veneno.

—Cuidado con lo que dices.

—Lo repito un veneno.

—¡Un veneno!—exclamó una voz ronca á la puerta.

Era Miantucacuc.

## LXXXV

Al ver á su hija muerta, pasó una cosa horrible por el semblante del indio.

Nunca una expresión más horrorosa de blasfemia: nunca una expresión más espantosa de venganza.

Yo no estaba en estado de comprender nada, y sin embargo, comprendí aquella blasfemia lanzada al cielo, aquella amenaza lanzada á la tierra.

Y luego asiéndome un brazo con una fuerza tal que me le rompía, gritó roncamente.

—¡Dices que un veneno!

Yo no contesté: estaba doblegado, horrorizado, aterrado.

Yo, médico,—dijo Díaz que estaba más sereno,—juro por Dios y por mi honor, que esa señora ha muerto naturalmente de un ataque de apoplejía.

—¡Tú lo juras...! ¡tú que te llamas médico!—gritó Miantucacuc rechinando los dientes... ¿y si la ha matado un veneno...?

—Afirmo que aquí no hay señal alguna de envenenamiento; que los efectos de la congestión están perfectamente marcados: lo juro, y apuesto lo que gane en todo un año.

—Bien, lo veremos,—dijo Miantucacuc:—que llamen al comisario.

Yo, sin saber por qué, me estremecí.

Miantucacuc, teniendo delante de sí á su hija muerta extendida sobre el lecho, estaba en la puerta, como para impedirnos la salida.

Díaz se había sentado en un sofá, y esperaba con la mayor indiferencia, fumando un habano, la llegada del funcionario público.

Cuando llegó, al ver la extraña catadura del mejicano, el comisario retrocedió.

—Sey don Cristóbal Alvarez, banquero, indiano, antiguo jefe de tribu, convertido y súbdito de S. M. C.

—¡Ah! ¡sí! he oído hablar de V.,—dijo el comisario.

—Esa señora ha muerto repentinamente,—dijo con terrible acento Miantucacuc,—y temo que haya sido por efecto de un veneno.

—¡Ah! pues eso es un asunto de un juez de primera instancia,—dijo el comisario,—y ya que se habla de asesinato, mi deber es impedir que nadie salga de aquí, ni de la casa.

—Sí, sí,—dijo Miantucacuc:—es necesario que nadie salga de aquí. Pero el juez... el juez...

—Se le va á avisar al momento.

## LXXXVI

En efecto, poco después un juez de primera instancia practicaba las primeras diligencias.

El cadáver fué reconocido.

Tres médicos declararon que Clara había muerto naturalmente por congestión cerebral.

Insistió aun Miantucacuc, y otros tres médicos hicieron la autopsia, y declararon por su honor y por su conciencia lo mismo que los anteriores.

—Ya lo había yo dicho,—dijo mi amigo Díaz,—levantándose del sofá donde se había sentado, y como supongo que no se nos querrá hacer responsables de una muerte hecha por Dios, me retiro.

—Indudablemente, caballero,—dijo el juez,—puede usted ir á donde quiera, lo mismo que esos señores.

Yo salí tras Díaz.

Miantucacuc quedó arrojado sobre el cadáver de su hija.

—¿Estás seguro de que no era un veneno?—dije á Díaz, cuando estuvimos á su casa.

—No, no, y cien veces no,—contestó Díaz:—si fuera... ahora que estamos solos ¿no te lo confesaría...? y es lástima... ¡vive Dios! ¡tan hermosa...! ¡tan rica...! ¡y yo que pensaba haberla puesto á prueba después que se hubiera casado contigo! ¡cómo ha de ser...!

Yo salí loco de casa de Díaz, y me encerré en mi casa.

## LXXXVII

Pasé durante quince días por todas las fases del dolor.

Y debo confesarlo aunque no me honre: lo que más me hacía sentir la muerte de Clara, no era el haberla perdido á ella, este dolor habría pasado pronto... era... el haber perdido con su posesión la posesión del tesoro de su padre.

Y tenía mucha razón, porque el que hubiera poseído aquellos tesoros...

Pero continuemos.

## LXXXVIII

A los quince días recibí una carta por el correo.

Apenas la vi, reconocí la letra de Adelaida.

Mi corazón se estremeció.

La influencia del ángel malo empezaba de nuevo.

«Gabriel, (me decía), puede V. venir cuando quiera á la quinta de Alvarez:—soy libre, enteramente libre: le amo á V.—Adelaida.

¡Libre! ¡enteramente libre!—exclamé:—¿pues que ha sido de Miantucacuc? ¿acaso una nueva congestión cerebral?

Sin que tuviese mi voluntad parte alguna en ello, brilló de nuevo en mi imaginación con una lucidez sombría el nombre del doctor Wildall.

Monté inmediatamente á caballo, y tomé el camino de

la quinta de Miantucacuc: á un tiro de fusil de ella, ví agitarse un pañuelo en la misma ventana, desde donde me saludó Adelaida la última vez que estuve en la quinta.

Era Adelaida en efecto. Cuando llegué á la escalinata de la puerta, Adelaida salió á recibirme vestida completamente de luto y sola.

—¿Qué es eso — la dije... al fin...

—Hable V., hable V. sin temor: estoy casi sola en la casa, he despedido á todos los criados y he tomado un matrimonio campesino de los alrededores, y una cocinera para que me sirvan. Además hay aquí un médico.

—Un médico, ¿y para qué?

—Para que vea como muere ese hombre...

—¡Ah! ¿Muere Miantucacuc?

Adelaida me asió de la mano y me llevó hacia el interior.

—¿Me ama V. todavía? — me dijo.

—Miré con espanto á Adelaida, pero estaba bajo su influencia, y me sentí morir el choque de su mirada puesta en mis ojos.

—¡Oh! ¡qué hermosa! ¡qué hermosa estaba entonces aquella mirada! ¡cuántas y cuán enloquecedoras promesas en sus ojos!

—¡Oh! gracias, gracias, Gabriel, — me dijo, — yo no podría vivir sin tu amor.

Estábamos en su gabinete, en aquel mismo gabinete donde me había tenido oculto, y al pronunciar sus últimas palabras se dejó caer entre mis brazos.

—¡Y Miantucacuc! — dije interrumpiendo al esqueleto.

—¿Qué me importaba á mí entonces Miantucacuc, Eugenio? — me contestó: — yo sentía el placer infernal de ser devorado por un demonio.

¡Oh! ¡qué días, que días y qué noches!

¡Oh! ¡qué torbellino de fuego!

¡Oh! ¡recuerdos malditos! Yo no tenía vida bastante para mi felicidad.

—Pero, ¿y Miantucacuc? insistí.

—Miantucacuc moría... moría de consunción.

Adelaida me llevaba á los pies de su lecho, me hacía sentar en un sillón, se sentaba sobre mis rodillas y me colmaba de caricias. Miantucacuc inmóvil, impotente, reclinado en el lecho, nos miraba, nos miraba de una manera terrible.

Un día no pudo mirarnos. Había muerto.

Lentamente, como una lámpara que se apaga.

El médico puso un largo certificado en que se razonaba la defunción... Miantucacuc fué reconocido como Clara... nadie conoció en él señales de veneno.

Cuando se le llevaron, Adelaida dió un grito de alegría. —¡Tuya! ¡enteramente tuya! — exclamó: ¡tuya y libre!

LXXXIX

—¡Oh! y qué mujer, — dije interrumpiendo al esqueleto. — Infame... cien veces infame.

—¿Y te casaste con ella?...

—Sí... pero despues de un largo martirio.

—¡De un largo martirio!...

—En cuanto Adelaida se vió libre, tomó casa en Madrid: se presentó como una viuda rica, y en efecto lo era (como la viuda de Alvarez) tuvo sociedad y en su sociedad... amantes.

—¡Amantes! ¿pues no te amaba?

—Sí, pero sabía yo que era su esclavo.

—¡Su esclavo!...

—Muchas veces... irritado, celoso, la echaba en cara sus demostraciones para con otros, poco agradables por cierto para mí; y despues de haberme oído sonriendo, contestaba. —Será necesario que renunciemos á nuestra



EL RETRATO DEL PRIMOGÉNITO, cuadro de Pío Ricci

unión. —Renunciemos en buen hora, — respondía yo. — En ese caso será necesario que no volvamos á vernos.

Entonces yo me inmutaba, temblaba, y ella me decía sonriendo: —¿Qué celos tan ridículos, querido, que altercados tan inútiles.

¡Ay Eugenio! sufrí cuanto puede sufrirse, más de lo que puede sufrirse, y aquel sufrimiento me mataba. Temblaba de terror junto á Adelaida, y no podía separarme de ella... bebía, bebía sediento su amor, y siempre encontraba más sed, y una sed más rabiosa en el fondo de aquella copa envenenada.

¡Ah! en este momento la miserable entra en un coche de alquiler con tu amigo Juan para volverse á su casa.

¡Y estar yo aquí encadenado, sujeto, reducido á los huesos!

¡Oh!

Sentí rechinar de una manera horrible los dientes del esqueleto, ví brillar de nuevo dos chispas rojas en las cuencas de sus ojos, y escuché de nuevo aquel rugido sordo, poderoso que parecía revolverse dentro de su cráneo.

—¡Acabemos! ¡acabemos! — exclamó el esqueleto: — ya ha concluído el baile de teatro Real y Juan volverá pronto. Además, no debe tardar el primer canto del gallo.

Y asíó el fuelle que antes había dejado caer y me lo presentó.

—¡Mátame! — me dijo.

—Espera... espera un instante... ¡Tu casamiento con Adelaida!...

—Se casó la infame conmigo poco más de un mes hace... pero cuando ya me había envenenado.

—¡Envenenado!

—Sí, con el medicamento para curar las afecciones del hígado del miserable, del asesino doctor Wildall, con lo

mismo que había envenenado á Clara valiéndose de una mujer comprada: con lo mismo que había envenenado por sí misma á Miantucacuc.

—¿Y para qué se casó contigo esa mujer cuando ya estabas envenenado...?

—Para... para ser la viuda de un hombre conocido, y para... heredarme...

—¿Para qué heredarte una mujer que posee los inmensos tesoros de Miantucacuc?

—¡Los tesoros habían desaparecido! en el lugar en que estaban enterrados debajo de la piedra del hogar de la cabaña, solo había... ¡carbón!

—¡Carbón!

—Con algunas partículas de oro.

—¡Ah!

—Al sentirse enfermo Miantucacuc, había abrasado su tesoro, los brillantes se quemaron, Eugenio; las perlas se quemaron...

—¡Ah! ¡ah!

—La miserable lo sabía, y al casarnos, había exigido que el que muriese dejase sus bienes al que sobreviviese... yo, enamorado... creyendo en el tesoro... ¡y esa infame lleva mi nombre y mis bienes á los brazos de un viejo rico, y se consuela de antemano del sacrificio del viejo con las caricias de Juan! ¡oh! ¡oh!

—Y el esqueleto estaba furioso.

—Mátame, — repitió, — presentándome de nuevo el fuelle.

—Espera, espera aun... no se comprende el objeto de tanto y tan horrible crimen.

—¿No era hija Clara de Miantucacuc?

—Sí.

—¿No era por lo tanto heredera de Miantucacuc?

—Hé ahí por qué murió.

—¡Horror! de modo que tú, revelando á Adelaida que Clara era hija del indio, asesinaste á Clara.

—Sí.

—¿Y Adelaida la mató con el veneno que tú trajiste para que matase á Miantucacuc?

—¡Sí! ¡sí! y me mató, al fin, á mí para que no pudiese revelar tantos crímenes.

Pero Dios es justo y me ha dejado, sin duda, esta vida absurda para que el mundo pueda saber la historia de esa mujer.

Me parece que esta es una historia inventada por tí para mortificarme.

—¡Oh! ¡no me crees.

—Pero, ¡cómo creer en un monstruo como Adelaida!

—Adelaida ha sido el brazo de Dios.

—¡Blasfemas!

—Inés de Lemus... robada por Miantucacuc, violentada por Miantucacuc, encerrada en una cabaña del Nuevo-Mundo, perdida en un bosque, maldijo muriendo de hambre á Miantucacuc y á su descendencia.

—¡Ah!

—¿Comprendes, ahora, cómo Adelaida ha podido ser la mano de Dios? ¡las maldiciones de los moribundos se cumplen! procura tú que yo no te maldiga, Arria... no me preguntes más... el plazo espira... toma el fuelle y má-tame.

—Y se acercó á mí de una manera tan amenazadora, que yo, transido de terror, tomé maquinalmente el fuelle.

—¿Y cómo he de matarte con esto? — le dije.

—Mira, introdúceme el extremo del fuelle por una de las fosas nasales y sopla... mi espíritu que se ha refugiado en mi cavidad cerebral saldrá por el oquicio.

—¡Tú estás loco!

—¡Sopla! ¡sopla! que va á cantar el gallo.

—Y echó la cabeza atrás, se puso por sí mismo la punta del tubo del fuelle en una de sus fosas, y se quedó apuntándome con la otra al rostro.

—Sopla, — me dijo.

Maquinalmente abrí el fuelle y le cerré.

Entonces sentí una cosa horrible.

La mitad del alma, por lo menos, del esqueleto, salien-



EL VENTISQUERO, dibujo de A. F. Zugbaum

do expelida por el soplo del fuelle, por la fosa nasal que tenía descubierta, se me metió por la boca.

El esqueleto se desplomó por un lado, á punto que cantaba á lo lejos un gallo, y yo caí poco después sin sentido en la cama.

## XC

Quando volví en mí me encontré con Juan á la cabecera.

El sol entraba por el balcón.

El esqueleto estaba en su armario de ébano.

—¿Cómo has pasado la noche?— me dijo.

—Bien, muy bien, — le contesté, — no atreviéndome á decirle nada.

Me parecía que el esqueleto me miraba y me amenazaba.

Mi herida ó rasguño estaba en muy buen estado y pude ir á mi casa.

He averiguado que Juan tiene una novia que es viuda.

He procurado conocerla y es muy hermosa; parece un ángel.

Pero se llama Adelaida.

Y la gusta mucho el color de rosa.

¡Dios mío! yo siento dentro de mí una cosa infernal.

¡Una cosa que me atormenta de una manera vaga, que me entristece, que me enlanguidece!

¡Debe ser el espíritu envenenado de Zea!

Quando oigo crujir una rama seca de árbol, una caña que se rompe, un cristal que salta, me parece oír los dedos del maldito esqueleto, que redobla... ¡que me llama!

¡Quando veo un vestido de color de rosa me estremezco!

¡Quando oigo llamar á una mujer Adelaida, se me erizan los cabellos!

Afortunadamente la mujer á quien amo se llama Enriqueta.

Pero, ¡ah... es hija de Zea!

## EPÍLOGO

Quando acabé de leer el manuscrito, me levanté y me fui á ver á Juan, que es amigo mío, como lo es de Arria. No le encontré, pero encontré á su mujer.

A Adelaida, en efecto, viuda de un militar viejo... y hermosa y elegante, pero que no tiene nada de ogro ni de vampiro, como no sea en lo negro de los ojos.

—Ha salido Juan, — me dijo, — pero me parece que le busca V. con interés.

—Sí; vengo á consultarle acerca de esto.

Y la mostré el manuscrito.

—¡Ah! — me dijo riendo: — *Historia de un hombre, contada por su esqueleto...*

Y soltó una alegre carcajada.

—Se ríe usted.

—Sí, me río de ese disparatado sueño.

—¡Sueño!

—Sí, un sueño de Eugenio Arria.

—¡Un sueño!

—En que ha colgado al esqueleto de un aguador una historia horripilante... y tiene buena imaginación... quien eso sueña.

—¿Cómo! ¿conoce V. esa historia?

—¡Ay, Dios mío, sí! se la dió á leer con grande misterio á Juan la víspera de su casamiento conmigo, y Juan me la dió á leer ocho días después. Y... ¿no adivina usted el misterio?

—No.

—Juan para calmar aquella noche el dolor de la herida de Arria, le hizo tomar un preparado de morfina.

Todo lo comprendí entonces.

Si queréis comprenderlo también, lectores míos, preguntad á un médico si puede soñarse como soñó Arria, en un letargo producido por la morfina.

MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

## FÍSICA SIN APARATOS

LA BOLA MÁGICA DE ROBERTO HOUDIN.

Esta bola que hemos visto hace poco en un almacén de juguetes, es análoga en su forma exterior á la de una bola de trucos; está atravesada de parte á parte por un agujero cilíndrico y se desliza fácilmente á lo largo de un cordón que pasa por este mismo orificio.

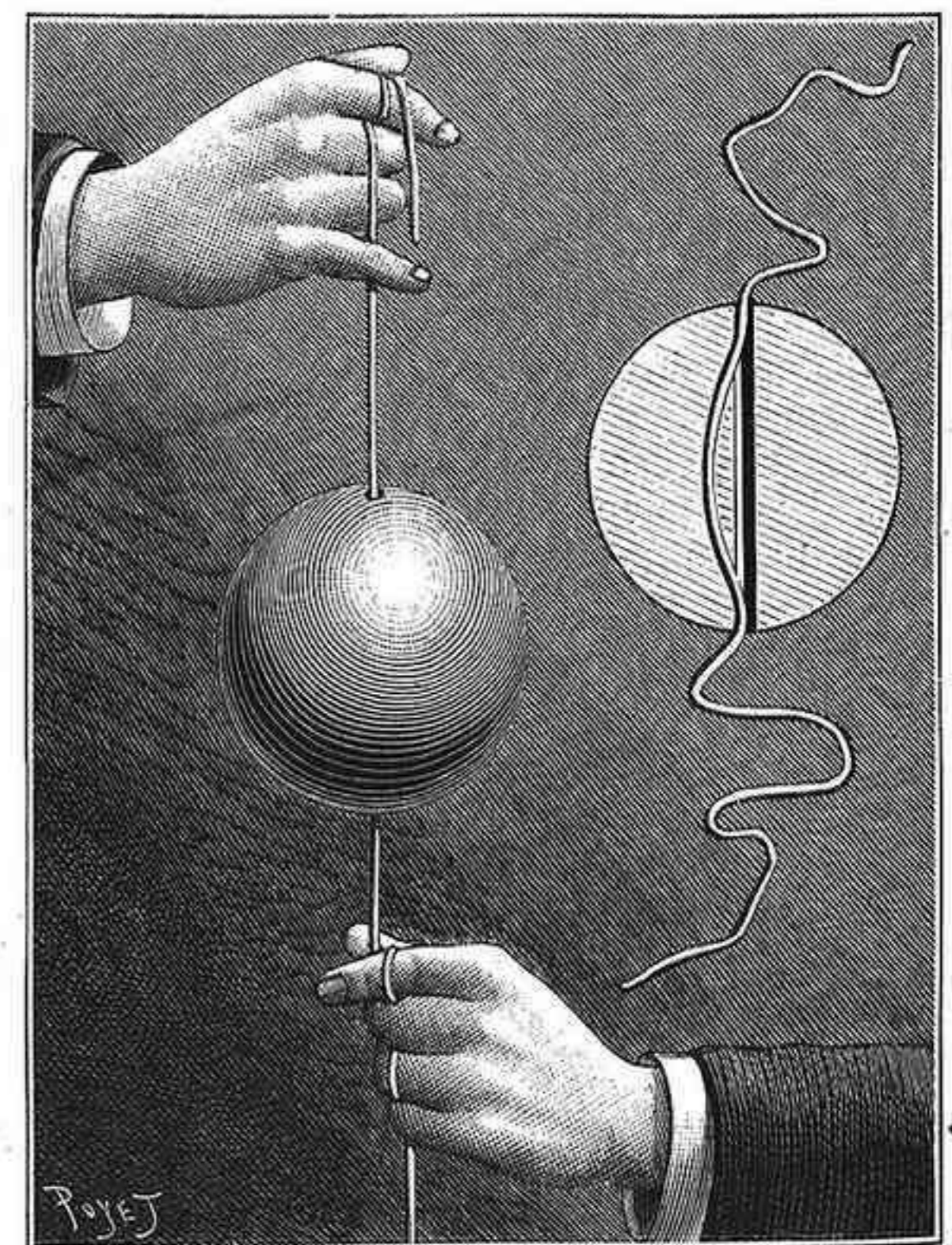
Pero si una persona tiene el cordón por sus dos cabos, entonces ya cambia la escena: la bola, lejos de caer, desciende muy lentamente á lo largo del cordón, y aun que-

da suspendida ó parada sin recobrar su movimiento de descenso hasta que la mano se lo permite.

Esta suerte, ejecutada en otro tiempo por Roberto Houdin con una esfera de gran tamaño, llamaba mucho la atención causando gran sorpresa entre los espectadores.

¿Como se hace este experimento?

Nuestra figura lo indica por el corte interior de la bola mágica. Además del agujero central que corre por todo su diámetro, tiene la bola otro conducto corvo que va á terminar á ambos extremos del conducto recto ó eje, y la persona iniciada, simulando pasar el cordón por este conducto, lo pasa por el otro, 'saliendo por los dos únicos orificios de la bola, como si la atravesara directamente.



La bola mágica

Desde luego se comprende que basta tender más ó menos el cordón para retardar ó detener completamente el descenso de la bola.

La parte izquierda del grabado presenta la bola mágica así suspendida entre las manos del operador.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN